



Entrevista a Emma Dante

Ivana Margarese *

"NI LOS ANIMALES NI LOS PANTANOS, CRÉELO AMOR MÍO, HAN ENSUCIADO JAMÁS A LOS ÁNGELES." ALDA MERINI

DIRECTORA, ACTRIZ Y DRAMATURGA, **EMMA DANTE** ES UN NOMBRE QUE SE DESTACA EN EL PANORAMA TEATRAL ITALIANO. DOS TRABAJOS SUYOS (*CARNEZZERIA* Y *M-PALERMO*) HAN RECOGIDO PREMIOS Y HALAGOS DE PARTE DE LA CRÍTICA. UNA INMERSIÓN EN EL "TEATRO NUEVO", EN UN MÉTODO DE TRABAJO, EN UNA REALIDAD YA DE POR SÍ COMPROMETEDORA. **EMMA DANTE** Y SU COMPAGNIA SUD COSTA OCCIDENTALE SABEN RELATAR EL MELODRAMA DEL NUEVO TEATRO SICILIANO, HECHO DE MITOS, TRAGEDIA Y CONTEMPORANEIDAD.

Me reúno con Emma Dante durante una pausa en la estructura en la que trabaja incansablemente con sus actores, la ex cárcel de la calle Píngitore en Palermo, un lugar bello y abandonado donde todo lo que aparece en la oscuridad, entre la humedad y los musgos, cada tanto alcanza a encasquetarte. Le pido que antes que nada me cuente cómo nació su pasión por el teatro.

ED: En mi familia no hay nadie que de alguna forma haya tenido algo que ver con el teatro. Fui por primera vez al teatro cuando tenía alrededor de dieciséis años con la escuela a ver *Antígona* de Sófocles en el teatro griego de Siracusa. Quedé fascinada y me dije: "Quiero dedicarme a esto". Cuando egresé del bachillerato, comencé a estudiar en Palermo en la escuela de teatro Teatès, pero hice sólo un año gracias a la intervención de mi madre, que me dijo: "Es inútil que te quedes en Palermo, si de verdad quieres hacer teatro, prueba a participar de este concurso —el concurso de la Academia romana Silvio d'Amico— y gánalo". Allí por el año 1987 ingreso entonces en la Academia romana para hacer la carrera de actuación que duraba tres años. Fue para mí una experiencia magnífica. Nunca había salido de Sicilia y no conocía otros lugares del mundo, era apenas una jovencita, fui sola y para mí fue una aventura en todo sentido, conocí otros lugares y a muchísima gente que no era siciliana.

I: ¿Qué te llevó a volver a Palermo?

ED: Mi madre. Ella fue la que me mandó y la que me trajo de vuelta. Padecía de una enfermedad muy grave y volví para estar a su lado. Mientras me encontraba en Palermo por mi madre, ya que deseaba ver cómo evolucionaba su enfermedad y, sabiendo después de once años de trabajar como actriz sin mucho lucimiento que quería dejar la

actuación, pues sentía que había algo en mí que no se adaptaba al escenario, decidí que si deseaba continuar haciendo teatro debía hacerlo desde otra perspectiva: lo que había hecho hasta entonces no era importante para mí vida. Sucedió que en Palermo me reencontré con mi propia identidad. Desde *M-palermu* en adelante —tras un largo período de aprendizaje autodidacto en Palermo, en el que hice espectáculos en bares, departamentos y terrazas, después de una serie de intentos fallidos (collage de textos, fragmentos de escritos combinados)— comencé a trabajar en la dramaturgia y fue allí que todo cambió.

I: Entonces podemos decir que le debes a Palermo tu "renacimiento" como artista.

ED: El vínculo con esta ciudad es muy fuerte. Tengo una relación visceral de amor-odio absoluto. Creo que Palermo siempre es protagonista en mis historias: al fin y al cabo, Palermo es la lengua de mi teatro.

I: La impresión que tuve viendo tu teatro es que tiendes a dar voz a los gritos contenidos, a las voces reprimidas e incapaces de hacerse oír, que habitan en la ciudad.

ED: Sí, es cierto. Hay una suerte de implosión en mis espectáculos que, para mí, se parece un poco a ciertos lugares palermitanos o sicilianos en general, ya que no es sólo Palermo, es el sur del mundo que constituye un estado del espíritu. Es un grito mudo que encierra todo el dolor del mundo pero que permanece reprimido como si el dolor fuese tan grande que no permite que se emita ningún sonido. Voces lejanas provenientes de calles encerradas en callejones negros, cantos, rumores, historias gritadas por rostros perdidos cuyo emblema es el silencio. Hablamos de este silencio, de esta inmovilidad, de interiores y exteriores separados por un umbral imposible de traspasar. De gestos que se forman perfectamente en la mente pero que no logran atravesar los músculos, la sangre, como si fueran hijos nunca paridos, eternamente nutridos de madres siempre embarazadas. En Palermo no se realizan acciones sino que se llevan a cabo ceremonias.

I: Tus espectáculos demuestran una atención constante en el uso del cuerpo en el escenario, incluso como mo-

dalidad acústica. En *Carnezzeria*, por ejemplo, los actores bailan y recrean sonidos y rumores con medios sencillos como el chasquido de la lengua y el golpeteo de los tacos, para revelar el mundo rústico al que pertenecen.

ED: Algunos dicen que hago teatro-danza pero, en realidad, mis actores no son bailarines sino personas que buscan especializarse en una determinada forma de expresión. Una expresión que parte seguramente de la palabra generada, no recitada. Lo que buscamos es una intención que viene de adentro y que, por lo tanto, se traduce sobre todo físicamente. Lo gestual es importantísimo porque es lo que sostiene la palabra, que de otro modo no existe en el teatro que hacemos, que resulta ser muy físico.

Por ejemplo, trabajamos mucho cuando preparamos un espectáculo sobre la naturaleza animal, sobre la emulación de los animales: cada uno emula a un animal que lleva adentro para revelar el instinto.

I: Giuseppe Tomasi di Lampedusa escribe en *Il Gattopardo* que nosotros los sicilianos nos sentimos dioses, creemos que somos perfectos y que, por eso, todo aquel que viene de otro lugar con el propósito de enseñarnos buenos modales está destinado al fracaso: nuestra vanidad siempre es más grande que nuestra miseria.

ED: Estoy bastante de acuerdo. Los seres humanos —como dice Dostoevskij— creen en su propia inmortalidad y mientras tengan esta convicción pueden amar y ser virtuosos. En el caso de que la humanidad dejase de creer en la inmortalidad, los hombres acabarían devorándose unos a otros, ya no tendrían ninguna esperanza. Sentirse dioses tiene cierta vinculación con el tabú de la muerte. Por otra parte, los personajes de mis espectáculos siempre son mitológicos. Se trata del subproletariado palermitano, estos pobres payasos que tienen, como regla de vida, impulsos absolutamente inescrutables. En las historias que relato hay un enigma que ni yo misma logro desentrañar.

*Ivana Margarese es filósofa especializada en comunicación y cultura visual. Colabora en la revista cultural *Mezzocielo*.